



© Mariano Martín Rodríguez

Un relato épico-fantástico del antiguo oriente de Giovanni Alfredo Cesareo

Traducción e introducción de Mariano Martín Rodríguez

La fantasía épica puede definirse como la ciencia ficción de las ciencias humanas y, más concretamente, de las históricas. Esta definición se funda en que su carácter específico frente a otros géneros considerados vecinos, como la ficción maravillosa o cuentos de hadas, consiste esencialmente en que los mundos secundarios épico-fantásticos, además de ser integrales, autónomos y cerrados, se construyen racionalmente según los modelos de las narraciones históricas, legendarias y míticas patrimoniales de nuestro planeta, tal y como estas habían entrado en la conciencia euroamericana desde la época romántica gracias a su estudio científico por ciencias históricas como la filología y la arqueología. Estas habían dado a conocer civilizaciones del pasado (o del

presente exótico estudiado por la etnología) antes ignotas, las cuales atestiguaban unos usos, creencias e historias coherentes dentro de sus culturas respectivas y alternativas tanto a la tradición religiosa judaica como a la profana grecolatina. Estas habían sido hasta entonces las únicas conocidas y asimiladas en Europa y sus dependencias culturales de ultramar, y a través de cuyos testimonios sesgados (la Biblia, los historiadores griegos desde Heródoto) habían podido saber los europeos de la existencia de otras civilizaciones, sobre todo de algunas de las llamadas orientales, como las antiguas de Egipto, Persia o la India. Al descifrarse ahora las lenguas de estas y poder entenderse sus documentos propios, se pudo obtener una imagen más real y científicamente fundada

de aquellas civilizaciones. A esto también contribuyó la exploración (pre)colonial de las ruinas y monumentos, con sus pinturas y relieves, que dieron a conocer la grandiosidad de su arte, el cual fue pronto imitado en construcciones historicistas eclécticas de aire oriental en numerosas regiones de Europa y América.

La revelación de escrituras antiguas desconocidas y sus textos también tuvo consecuencias en las literaturas occidentales. Por ejemplo, Charles Marie René Leconte de Lisle (1818-1894) reescribió en hermosos versos parnasianos episodios de diversos acervos míticos *orientales*, como el antiguo egipcio, el hindú o incluso el polinesio. Narradores como Gustave Flaubert (1821-1880) recrearon con todo el rigor histórico posible, según los conocimientos científicos de la época, la vida y la historia de imperios antiguos exóticos, como el cartaginés en su novela *Salammbô* [*Salambó*] (1862). Estos escritores son canónicos en la literatura francesa, por lo que sus obras orientales son bien conocidas entre los especialistas y lectores cultos. En cambio, a falta de una investigación básica suficiente, no se sabe aún apenas que hubo también escritores que, desde muy pronto, dieron un paso más allá de la mera recreación de épocas lejanas para proceder a un proceso épico-fantástico de subcreación de tipo tolkieniano, o howardiano, según se inclinaron más por lo mítico o por lo legendario. En primer lugar, el prólogo al lector que precede el drama *Der heimliche Maluff* [El sigiloso Maluff] (1828) de Ludwig Amandus Bauer (1803-1846) describe la isla imaginaria del océano Pacífico llamada Orplid y los pueblos y reinos antiguos y ya desaparecidos que habrían existido en ella, con sus propios dioses. Esa descripción adopta un aire perfectamente historiográfico, lo que contribuye a aportar una verosimilitud moderna, de tipo *científico*,

a las peripecias fabulosas presentadas en aquel drama. Unos años después, Edward Bulwer-Lytton (1803-1873) traspuso al género narrativo la subcreación del reino de Paidá y de su civilización de aire oriental antiguo, también completamente imaginaria y designada como tal por medio de su toponimia inventada. Esta civilización se presenta desde el primer capítulo en términos objetivos e históricos, sobre todo en lo referido a su ordenamiento político, que obligaba a cada príncipe heredero a viajar solo a un enigmático territorio desconocido más allá de las montañas. La narración cuenta la historia de esta aventura acometida por «Chairolas, Prince of Paidá» [Chairolas, príncipe de Paidá] (1836), durante la cual visita otros estados, cada uno con su propio ordenamiento, y gana la experiencia que lo lleva a convertirse en el príncipe primero amado y luego tiránico de su reino de origen.

Tras esta novela corta inglesa, la clase de fantasía épica que representaba sufrió un eclipse, antes de cobrar nueva y más amplia vida coincidiendo con el esteticismo decadentista, con su gusto por la descripción de objetos y lugares fastuosos de un pasado percibido como opuesto en su arte a la fealdad de la sociedad capitalista patente en sus producciones en serie, a la vez que el materialismo y el filisteísmo burgueses contrastaban con la pasión y el refinamiento de la sensibilidad antigua. Ambos contrastes subyacen al esteticismo de la ornada escritura de *Salammbô*, novela cuya influencia en la eclosión de visiones análogas de otras civilizaciones del antiguo Oriente es más que probable. Entre ellas, las que nos interesan, por su clasificación evidente en la fantasía épica son aquellas en que tales civilizaciones son subcreadas, como son las de dos breves novelas de 1903, *Le poison des pierreries* [El veneno de las gemas] (1903) de Camille Mauclair (Camille Faust, 1872-1945) y «Dyusandir

y Ganitriya» (*Visto y soñado*) de Luis Valera (1870-1927). Ambas pueden rivalizar con la mencionada de Flaubert tanto por su dominio de su particular retórica del adorno como por el vigor de las pasiones desatadas que pintan. Por ello, representan seguramente el ápice de esta clase de fantasía épica, la cual había se había manifestado antes sobre todo en forma de cuentos, como «Les fleurs» [*Las flores*] (1891; *Le miroir des légendes* [Espejo de leyendas], 1892) de Bernard Lazare (Lazare Bernard, 1865-1903) y «La leggenda della città solitaria» [*La leyenda de la ciudad solitaria*]¹, un cuento de Giovanni Alfredo Cesareo (1860-1937) que recogió en su volumen *Leggende e fantasie* [Leyendas y fantasías] en 1893².

Este importante libro reúne muestras de diferentes géneros de ficciones fabulosas o especulativas. Entre las primeras se cuenta una hermosa versión, con el título de «La leggenda del faro» [La leyenda del faro], de la tradición suditaliana de Colapesce, llamado en España el peje o pez Nicolao, así como otras leyendas de la tierra siciliana del autor. La ficción maravillosa está brillantemente representada por el cuento «La leggenda delle rose» [La leyenda de las rosas]. Por su parte, la ficción arqueológico-especulativa del libro tiene un marcado carácter decadentista. Por ejemplo, «La leggenda di Venere» [La leyenda de Venus] es una celebración de la lascivia en el marco de un Bizancio aún pagano entendido como el epítome de la decadencia tanto moral como política, según un tópico muy común en la literatura en torno a 1900.

Esta decadencia también inspira el tenor del mundo que se presenta en «La leggenda della città solitaria» con toda la libertad que brinda la subcreación. En vez de una Roma o Bizancio en declive moral como abundaban en la narrativa arqueológica antigua de su época, Cesareo prefirió evitar esta vez el estereotipo mediante la narración del episodio final de la historia de un imperio imaginario sin nombre ni localización en el espacio o en el tiempo, pero que cabe imaginar en algún rincón de un antiguo Oriente fabuloso, a juzgar por la apariencia de los monumentos que se describen. Son tumbas excavadas en la roca en las que se suceden los relieves que representan animales y hombres en una mescolanza que aún lo sensual y lo religioso, en un paroxismo de expresividad abigarrada que da una sensación de sublime monstruosidad, como anuncio de los templos y ciudades legadas por espantosas civilizaciones de un pasado entre onírico y fabulosamente arqueológico que abundan en la ficción *weird* de los decadentistas tardíos americanos H. P. Lovecraft (1890-1937) y Clark Ashton Smith (1893-1961). Este arte descrito suntuosamente en «La leggenda della città solitaria» puede recordar el de los templos hindúes tanto de la India como del sudeste asiático cuyos grabados y fotografías podían encontrarse con facilidad en la prensa europea de fines del siglo XIX, pero importa señalar que Cesareo no refleja un estilo histórico en particular. La ciudad abandonada en cuyo centro figura una estatua que señala al lugar donde están enterrados los tesoros, cuya abundancia en piedras y metales preciosos es tal

¹ Nuestra traducción castellana se basa en la reedición siguiente: Giovanni Alfredo Cesario, «La leggenda della città solitaria», *Leggende e fantasie*, a cura di Giuseppe Rando, Messina, Intilla, 2008, pp. 63-73.

² En una nota final añadida a la primera edición de *Leggende e fantasie* (Roma, Bontempelli, 1893), Cesareo declaró haber escrito todas las narraciones del libro en 1885 y 1886, y que la mayoría de ellas se había publicado entonces. Ignoramos si «La leggenda della città solitaria» también lo fue. El editor de la reedición de 2008 no lo indica y tampoco hemos encontrado rastro de su aparición anterior en la prensa. Esperamos que la digitalización de la prensa italiana antigua se produzca algún día con la amplitud necesaria para facilitar este tipo de indagaciones bibliográficas y poder localizar, o no, la posible primera edición de la narración de Cesareo.

que deja atrás hasta los afamados tesoros de la India, tiene una arquitectura propia y original, al igual que la ciudad subterránea en que reposan los muertos antiguos y sus riquezas. En ambos lugares, Cesareo acierta a comunicar su carácter material y positivo, como si fueran vestigios reales de una civilización estudiable por medios arqueológicos, cosa que no ocurre en general en los espacios similares descritos por Lovecraft, que tienden al onirismo o la alucinación. Así pues, la ciudad solitaria de Cesareo sí se inscribe con firmeza en la fantasía épica, tal y como la caracterizamos arriba. Además, el autor italiano no perseguiría seguramente suscitar terror, sino aportar mayor espesor de verosimilitud a su parábola, que cabe entender como una especie de transposición ficcional de la contraposición típicamente decadentista, pero en realidad eterna, entre el pasado idealizado y el presente aborrecido.

En «La leggenda della città solitaria», el pasado está simbolizado por esa misma ciudad solitaria, con la que se identifica el no menos solitario príncipe Eleos, protagonista de la historia. Este ha podido conservar la heredad económica de sus ancestros, los antiguos reyes del país, conquistado por los antepasados del emperador ahora reinante. Numerosas generaciones se habían sucedido desde entonces, hasta el punto de que la lengua y la escritura de los antiguos habían caído en el olvido, fuera del propio príncipe Eleos y su fiel esclavo George. Estos eran también los únicos que sabían de la existencia y el lugar de la ciudad solitaria y de la fortuna inconmesurable en ella escondida. Cuando el emperador se entera, no obstante, de que existen aquella ciudad antigua y sus tesoros, y desea obligar al joven príncipe, su enemigo íntimo, a revelar su paradero, este concibe un terrible plan para impedirlo y, al mismo tiempo, vengar a sus antepasados. Espoleados por la promesa del

oro innumerable, el emperador, su corte, su ejército y todos sus súbditos acaban siguiendo al príncipe hacia el lugar del tesoro, al fondo de galerías subterráneas separadas por puertas de bronce que un mecanismo exterior accionado finalmente por el príncipe Eleos cierra para siempre, atrapando así al pueblo enemigo y a su emperador. De este modo, la victoria de Eleos, que lo convierte en más grande que cualquier rey de los antiguos, al haber vencido así él solo a sus enemigos hereditarios, representa también la realización de una venganza secular.

Mediante esta venganza, el pasado, representado por Eleos y su confidente George, sacrificado voluntariamente por la causa de su señor, y la idea superior de individualidad heroica, cifrada en el honor nobiliario y la estirpe, vencen a la codicia vulgar de las masas del presente, a la cabeza de las cuales el emperador no tiene derecho ni a un nombre propio, precisamente porque no es una personalidad, sino tan solo un tipo característico de su sociedad. Esta aparece como una entidad amorfa e indiferenciada en su interés exclusivo por las riquezas materiales, que Eleos despreciaba hasta el punto de haberse hecho popular entre las masas por su munificencia, antes de arrastrarlas hacia su perdición, debido a su incapacidad de sustraerse al deseo del oro. Aunque es probable que Eleos solo quisiera vengarse del emperador, que es a quien había ofrecido el camino del tesoro, el hecho de que todo el mundo lo siga con entusiasmo supone que la población entera comparte la mentalidad del soberano y, por lo tanto, se hace merecedor de compartir también su cruel destino. En realidad, ha pasado ya tanto tiempo desde el final del reino de la ciudad solitaria que, salvo el nostálgico y anacrónico príncipe atrapado mental y anímicamente en tiempos que no han de volver, prácticamente todos viven y piensan ya según el nuevo orden y, por ello, se antoja

natural que Eleos acabe solo. Su acto es inane, pues no podrá tener continuidad ni nadie podrá reconocérselo. No podrá volver el orden antiguo, pues ese acto lo ha dejado sin posibles seguidores o súbditos futuros. Tan solo queda la destrucción completa de la odiada civilización que había sustituido a aquella de la que él se sentía depositario. Al haber muerto todos los habitantes, no quedarán de la ciudad nueva más que unas ruinas similares en su desolación a las de la ciudad solitaria, aunque seguramente mucho menos grandiosas y terriblemente sublimes que las de la antigua urbe. De esta forma, el cuento muestra implícitamente las atroces consecuencias de la propia cosmovisión decadentista en lo que esta tenía de nihilista frente a la actualidad.

En la parábola de Cesareo, el príncipe Eleos había conseguido acabar con un orden que parece equivaler al de la Modernidad capitalista y colonial³, cuyo verdadero emperador es el dinero. Pero ¿a qué precio? Sin duda, al precio

de la aniquilación y, por ende, al precio del olvido definitivo de aquel mundo, al menos hasta que los arqueólogos descubrieran la ciudad solitaria y pudieran desenterrar sus obras de arte y escritura, para participarnos su historia como hizo Cesareo en este hermoso cuento, que podemos considerar muy representativo tanto de la fantasía épica en forma de leyendas del antiguo Oriente como de las ideas y el estilo decadentistas de su época. Al mismo tiempo, su aire de época no obsta a que plantee cuestiones intemporales como son las del conflicto siempre repetido entre el arte y el dinero, entre la individualidad y la masa y, sobre todo, entre lo viejo y lo nuevo. Desde este punto de vista, en «La leggenda della città solitaria» parece preferirse aparentemente el primer término en esas dicotomías, pero la tragedia de su historia es que quizá la alternativa al segundo término en cada una no pueda ser finalmente más que la muerte, esto es, la nada.

³ «La leggenda della città solitaria» es susceptible de una lectura como alegoría de la expansión colonial europea, en Asia, y más concretamente en la India, donde los soberanos locales pudieron conservar sus bienes como hizo el príncipe Eleos tras la imposición del orden político y económico británico. Además, la profusión decorativa y las osadías estilísticas del arte hindú antiguo contrastaban con la pobreza estética de la arquitectura historicista victoriana en las Islas Británicas. Basta comparar los templos excavados de Ellora con el Parlamento de Londres para observar que, si bien no podemos asegurar que Cesareo tuviera presente ambas imágenes, nosotros podemos evocarlas para buscar analogías a las civilizaciones contrapuestas en el mundo subcreado en su cuento.

GIOVANNI ALFREDO CESAREO

La leyenda de la ciudad solitaria

Era hermoso como una palmera y fuerte como un leopardo; se llamaba el príncipe Eleos y la fama de sus inmensas riquezas se extendía por todo el imperio y mil leguas alrededor. Trescientas yeguas, nacidas del viento, pacían las rosas en sus jardines lunares; esclavos jóvenes y mudos trotaban, en remolino clamoroso por el patio marmóreo de su palacio; ocho elefantes, con gualdrapas de púrpura, acudían a beber en las pilas rojas de pórfido y retornaban por la tarde. Él era el último heredero del antiguo linaje de príncipes que había dominado la región desde los siglos más oscuros, hasta que el triunfo de nuevos conquistadores había obligado a los héroes vencidos a desaparecer para siempre. Se contaba que la madre de Eleos, una triste y orgullosa señora por cuyas venas corría la noble sangre de treinta generaciones de reyes, le había enseñado el lugar donde

se hallaba antes la milenaria capital de los antepasados: en la gran plaza que rodeaba una vasta galería de altas columnas, se alzaba recta una estatua colosal de mujer, austera y profética en el ancho paludamento de piedra y, con el brazo extendido, señalaba con el dedo el Septentrión. Y avanzando sin cesar tres días y tres noches siguiendo la línea indicada por aquella mano, se llegaba a una puerta de bronce ahuecada en la cadena de rocas que rodeaba y protegía la ciudad por todos lados; allí dentro estaban escondidos los tesoros del rey: barras y vajillas de oro y plata, sacos de diamantes y perlas y gemas, en tanta cantidad que, puestos todos juntos los demás tesoros del mundo, apenas podrían en comparación proveer el patrimonio de un vil mercenario.

El príncipe Eleos tenía tres relevos de esclavos y a todos había hecho cortar la lengua;

el primer relevo bajaba, por un pasaje que solo el príncipe conocía, a los subterráneos; llegaba al tesoro y, vuelto a subir, depositaba la carga a orillas de un río y desaparecía; el segundo lo transportaba hasta un precipicio y desaparecía a su vez; finalmente, el tercero lo llevaba al palacio del príncipe. Cada mes, todos los esclavos, vendidos en tierras lejanas, se renovaban.

Uno solo, un esclavo negro, viejo y fiel, había permanecido siempre a su servicio. A él no le habían cortado la lengua, si bien él, cerrado y circunspecto con todos, salvo con su dueño, rara vez la usaba. El príncipe Eleos no trataba con nadie más salvo con este esclavo, llamado George, que la madre le había recomendado en el lecho de muerte. El esclavo velaba sobre su amo cada hora del día y de la noche; lo seguía por todas partes; dormía armado en el umbral de la estancia del príncipe; escrutaba los actos y los sentimientos de quienes venían a casa. Eleos hablaba con él en una lengua que nadie más entendía; se hacía contar las gestas maravillosas de sus antepasados; pedía consejo a su prudencia y experiencia. George era el celoso depositario de los secretos, del habla, de las tradiciones de aquella raza extinguida de héroes y no habría cedido por un reino a la tentación de dejar aquel puesto, del que estaba contento y orgulloso.

Contra el emperador abrigaba el príncipe Eleos el odio cerrado y feroz que había heredado de su soberbio linaje. Por su rostro pálido, aunque juvenil, se extendía siempre una sombra de tristeza irremediable, como el ala de un pájaro fúnebre sobre la corola de una magnolia en flor. Ninguno sabía los secretos de aquella alma: él nunca había estrechado la mano a un amigo, no había besado nunca la boca de

una mujer. Tan solo era pródigo en limosnas y un regalo suyo hacía a un mendigo más rico que todos los señores de la corte imperial. El emperador, celoso, toleraba a duras penas en sus estados a aquel hombre tan altivo y generoso, que parecía echarle en cara, con el relampagueo de sus grandes ojos negros, el abyecto latrocinio que los antepasados de uno habían cometido contra los antepasados del otro, y le consumía el afán de librarse de él. También temía que, a la larga, su propio poder fuera a temblar por la liberalidad despreocupada del príncipe Eleos, que aumentaba cada día, sin hacer caso, el número de sus amigos y el de los enemigos del emperador. Este buscaba la manera de alcanzar un acuerdo o de acabar de una vez.

El príncipe Eleos no se dignaba cuidarse de la envidia amenazadora del nuevo soberano, pero, cuando acompañaba a veces a sus esclavos a los subterráneos donde estaban enterrados los tesoros, penetraba solo en la ciudad abandonada, iba a las tumbas de sus padres y se prosternaba para rezar. Eran enormes sepulcros excavados en el centro de una alta peña. Por muchas ramificaciones de escaleras esculpidas en mármol vivo se subía a un pórtico oscuro, en el que ídolos de oro de ojos enormes y amarillos de topacio brillaban en derredor; luego, de repente, una luz bermeja se abría tras las estalactitas irregulares y dentadas, que conferían a aquella cueva el aspecto de fauces abiertas de cocodrilo monstruoso. Allí, sobre las paredes de pórvido iluminadas desde arriba por un torrente de luz desconocida que introducía en aquel lugar el resplandor traslúcido de un inmenso rubí bañado de lleno por un rayo de luna, las arcas milenarias se amontonaban en derredor y se perdían en la penumbra transparente de incendio de un pasadizo interminable, sostenidas por leones de seis zarpas con una sonrisa hierática en la cara, rodeadas de símbolos, de quimeras, de formas veneradas e

incomprensibles: se alzaba sobre cada mausoleo una figura de piedra, de un rey muerto, tosca, informe, resplandeciente de piedras preciosas. Negras serpientes se dilataban en su sueño, enmarañadas sobre los monumentos funerarios; saturaba el aire un olor pesado y penetrante de almizcle. Y se extendían en líneas desiguales y extravagantes inscripciones trazadas por seres de una época inmemorial, en los caracteres oscuros de una lengua que nadie conocía ya.

Cuando la fama de la ciudad solitaria llegó a los oídos del emperador, este ordenó al príncipe Eleos que acudiera al palacio imperial y le mandó que revelara el lugar donde estaban escondidos todos los tesoros. El príncipe rehusó con gesto desdeñoso de orgullo. Entonces el emperador lo envió a prisión, con la amenaza de que no lo dejaría salir más si el príncipe no revelaba el secreto. Eleos permaneció impasible. El emperador le mandó en vano las mujeres más bellas de su corte para seducirlo con la gracia de sus formas y la persuasión de su ingenio; en vano le mandó los oradores más elocuentes para fascinarlo con las vueltas y revueltas de su dialéctica; en vano le mandó los más expertos verdugos para ejercitar en él la furia atroz de los meditados tormentos: el príncipe Eleo tan solo se conmovió cuando George, su fiel esclavo, acudió, obligado por el emperador, a suplicarle que hablara para salvar la vida.

—¡Oh George, moriré yo mil veces antes de entregar a estos usurpadores cobardes los tesoros de los antepasados! —exclamó el príncipe, estrechando contra su corazón al esclavo, que sollozaba de desesperación.

Entonces el viejo George levantó la cabeza; se quedó mirando al príncipe con ojos ardientes y le dijo unas palabras en la lengua que solo

ellos entendían. Un brillo de triunfo iluminó el enjuto rostro de Eleos, quien alargó la mano, en la que George, tras besarla respetuosamente, dejó un anzuelo largo y fino, de cuya garganta colgaba un círculo de hierro.

El príncipe Eleos aceptó guiar al soberano a la ciudad solitaria que ocultaba los tesoros.

Salieron todos de la capital, ancianos, mujeres, mozos, vendedores, soldados, en una tropa tumultuosa y feliz que se estiraba serpenteando por el camino de una jornada, tras el rey que iba delante con sus ministros y, al lado, custodiado por un pelotón de guardias, el príncipe Eleos. Los mercaderes ricos, con las anchas zamarras de terciopelo con ribetes de oro, montaban blancos caballos que bufaban, agitando la cola; los oficiales relucían embutidos en las corazas de acero, bajo el sol alto; los tesoreros del emperador arrastraban las mulas con los sacos por llenar; las hermosas mujeres sonreían e intentaban combatir el aburrimiento del viaje aceptando la blanda galantería de los lechuguinos engominados y perfumados, que bullían alrededor de ellas. Pero en todas las miradas se acusaban un afán, una alegría, una esperanza ávida y clara; todos pensaban que aquella expedición enriquecería el país de golpe.

Camina que te camina, la ciudad solitaria se mostró al fin a los ojos de todos en un abismo lejano.

Se hallaba en el fondo de un valle inmenso, cerrado por todas partes por una corona de peñascos a pico, agudos, escarpados, inaccesibles. Las llamas del crepúsculo descubrían, pequeñas y rojas, las torres, las cúpulas, las agujas de la ciudad solitaria; cuatro o cinco arcos de puente que apenas se vislumbraban defendían una banda de plata,

el río. Las calles se confundían en una red enmarañada y desigual; los acueductos, las escaleras, los jardines colgantes, ya sin una sola flor, con las pérgolas en ruinas parecían, a tanta distancia, juguetes infantiles; la estatua colosal de la mujer con el dedo extendido hacia el Septentrión se habría podido tomar por una figurilla de mármol de mesa. Y por el lado de la meseta, las nubes se perseguían como una manada salvaje de búfalos, dejando a su paso entrever alrededor campos, casas, barrancos: en el borde más lejano del cielo, la Osa Mayor encendía su cuadrado de estrellas trémulas y vivas. La tropa se detuvo.

Una gran palmera se alzaba en el claro, en el que ya caían las sombras húmedas de la noche. El príncipe Eleos saltó sobre el tronco desgarrado del árbol y, sin mirar al emperador, murmuró con una risa estridente:

—Es aquí.

Todos se miraron estupefactos. El emperador contestó:

—Está bien. Muestra el camino; te seguiremos.

El príncipe se deslizó sobre el tronco del árbol y desapareció. Bajaron uno a uno los generales, los ministros, seguidos del emperador, la guardia y, a continuación, el resto del pueblo. Por seis escalones dentro del árbol se descendía a una extensa sima desde cuya boca una escalera de caracol tallada en la roca giraba y se perdía en la oscuridad. Encendieron las antorchas y se reanudó el viaje.

Un soplo frío parecía provenir del abismo. El eco de los pasos retumbaba y resonaba profundamente; la claridad desigual de las antorchas se alargaba sobre las paredes mohosas y ásperas; un ruido hondo, como de agua

que cayese, llegaba del subterráneo. Según la turba, sobrecogida y silenciosa, iba bajando, se veían pórticos antiguos extenderse a los lados, monstruos enormes de piedra asomarse suspendidos de los vanos, fantasmas centenarios escabullirse veloces por los bloques de piedra, pájaros fúnebres alzarse y precipitarse en pesado vuelo, fulgores repentinos aparecer y desaparecer en la lejanía. Alguno ya se arrepentía de haber ido a aquel sitio, pero todos avanzaban, reconfortados por su número.

Allí donde la escalera acababa en un atrio rodeado de ocho columnas de piedra, se abrió ante el emperador un gran pasadizo, sobre el que pendía una puerta de bronce que parecía a punto de caer. El emperador alzó los ojos y miró inquieto la puerta:

—¿Se cierra esta puerta? —preguntó al príncipe Eleos.

—Nunca se ha cerrado —respondió el príncipe con voz grave.

—¿Por qué?

—Porque, una vez bajada, no volvería a subir nunca más.

Se adentraron en la galería baja, cubierta de una vegetación pútrida, que emanaba un hedor acre y corrompido. A su paso, a ambos lados, encontraban restos de altares, nichos en ruinas, extremidades de estatuas derribadas y corroídas, símbolos obscenos y religiosos; cada cierto tiempo, un viento helado venía de frente: era una cisterna que se abría negra y redonda, a un lado. El ruido sordo e insistente de quienes aún bajaban la escalera llenaba la bóveda de sonoridades vibrantes; centelleaban los sables desenvainados de los guardias en torno al emperador, en la penumbra de las antorchas humeantes. Alguien hablaba y luego callaba, aterrado de pronto, casi temiendo que su voz despertase algo invisible y desconocido, que imbuía en todos ellos una sensación de veneración y angustia.

Llegaron a una segunda puerta de bronce suspendida a media altura, como la primera, sobre el arco de una puerta excavada en la roca.

—¿Dónde están los tesoros? —preguntó el emperador al príncipe Eleos.

—Hará falta aún pasar cinco puertas; los tesoros se hallan entre la sexta puerta y la séptima, que es la última —respondió el príncipe con una sonrisa ambigua.

Y continuaron. Los pasadizos se sucedían, igual que los zaguanes y las puertas. De vez en cuando se abría una rendija en la roca; sombras vagas oscilaban en el interior. A veces, un gigante de piedra parecía erguirse amenazador como para impedir el paso: era un héroe, esculpido toscamente en la roca, recio, feroz, que blandía un hacha en cada mano. El príncipe Eleos, solemne y tranquilo, le besaba los pies, murmuraba alguna palabra en su lengua desconocida y seguía adelante. Formas innaturales y monstruosas se alargaban, se agrupaban, se encaramaban por la muralla: serpientes aladas, peces con pies humanos, mujeres con una boca en el ombligo, toros de ocho patas, aves con cabeza de buey, frutas y flores de figura religiosa y sensual, todas las semillas de los seres que se abrían, germinaban y se multiplicaban en mezcolanzas de lo más impensado.

Llevaban horas caminando. De pronto pareció vacilar una llamita en la profundidad de las tinieblas. Todos se precipitaron hacia esa parte: era la entrada de la sexta puerta. Una lámpara colgada a un lado ardía; se veían arder otras, alargándose en sucesión interminable, en el subterráneo.

—Aquí están los tesoros —dijo el príncipe Eleos mientras avanzaba.

En verdad, a la luz suave de las lámparas, brotaban de mil lugares y se cruzaban en miles de direcciones destellos dorados, verdes, celestes, blancos, colorados. Acá fulguraba un arca atestada de diamantes como una inmensa esfera de sol, allá arrojaban los cofres de granates reflejos de incendio en las paredes. Cuarenta pozos anchos y profundos estaban llenos de barras de oro puro, entremezcladas con guirnaldas, diademas, copas, collares y anillos cubiertos de gemas.

Luego había doce sarcófagos, con un signo del zodiaco montado sobre cada uno de ellos, que contenían las piedras sagradas correspondientes al signo de la constelación: los jaspes en Aries, los zafiros en Tauro, las ágatas en Géminis, las esmeraldas en Cáncer, los ónices en Leo, las cornalinas en Virgo, los crisólitos en Libra, las aguamarinas en Escorpio, los topacios en Sagitario, los rubíes en Capricornio, los jacintos en Acuario, las amatistas en Piscis. Una copa de oro contenía siete diamantes, los más gruesos, los que los reyes del país solían llevar en la corona, y cada uno de ellos tenía un nombre precioso y fantástico: Ojo de Luz, Estrella del Septentrión, Real Mayor, Real Menor, Luna de Oro, Invencible, Sol de Soles. A continuación, se extendían en filas, en los sacos abiertos, las monedas de oro y plata, y no se acababan nunca. En las pilas colocadas alrededor se conservaban los objetos artísticos: una galera de oro macizo con doce remeros de plata, cincelada e ilustrada con habilidad sutil; vasos de oro para las libaciones; tiaras resplandecientes de rubíes y perlas; cuencos de oro ribeteados de malaquita; espadas con la empuñadora cuajada de piedras preciosas; medallas y diademas. Y en derredor, en el aire, se difundía, envolviéndolo todo, una luz viva y múltiple, cerúlea como la tarde, bermeja como el ocaso, amarilla como el mediodía, rosada

como la aurora, hermosa, transparente, diáfana, abundante, resplandeciente, ligera.

La turba, gritando de asombro y júbilo, se abalanzó sobre los tesoros. Los varones se mezclaban con las mujeres; los soldados arrojaban los sables; los nobles chocaban con los plebeyos para llegar los primeros a satisfacer su codicia feroz. Sobrevenía nueva gente, se agolpaba, se volcaba por el corredor. Parecían haber enloquecido todos.

El príncipe Eleos lanzó una mirada de desprecio y de triunfo sobre aquella turba famélica y se adentró solo en la sombra. Se sentía triste, pero aliviado. El odioso estruendo del pueblo tumultuoso aún llegaba a sus oídos. Mudo, bajo la última lámpara, se sacó del pecho el largo hierro retorcido que le había dado su viejo esclavo, se inclinó, besó la tierra de aquellos subterráneos que él no volvería a ver nunca y, en fin, se encontró en el umbral de la séptima puerta.

La luna, nítida y llena, bañaba con una claridad blanca la ciudad solitaria, en la que la estatua colosal de mujer austera y profética con

el largo ropaje de piedra se alzaba inmóvil en el horizonte sereno, señalándolo con la mano a él, el príncipe Eleos, el último heredero de aquel linaje de reyes audaces y magníficos. Puso el pie en la ciudad, que callaba dormida desde hacía siglos; palpó la roca con la mano; encontró una abertura y, tras enganchar con el largo hierro un anillo que no se veía, sonrió; luego dio un tirón con el brazo.

Se oyó un estruendo largo y formidable, que pareció retumbar en las entrañas de la tierra: cayó la puerta de bronce delante del príncipe; también las demás, al mismo tiempo, habían caído. El pueblo de los usurpadores quedaba con su soberano, con los soldados, con las mujeres, con los criados, todos en el subterráneo, enterrados para siempre.

El príncipe Eleos exhaló un suspiro de victoria suprema: él se sentía rey, como sus progenitores. Miró la ciudad solitaria y pensó que era hermoso morir allí, vengador de su stirpe, en la capital edificada por sus nobles antepasados; morir digno de la tumba inmensa y solitaria que lo habría acogido; morir como rey. Y su figura joven y orgullosa parecía en aquel momento, bajo el plenilunio tranquilo, más alta que la estatua que se alzaba a lo lejos, en medio de la plaza de la ciudad solitaria.